

hay intensas voluptuosidades, mientras la hostia, blanca y fría, toca sus labios.

Su antifonario es maravilloso. Quiere para sus versos sueño y misterio; formas albas, formas puras de vírgenes y de santos; músicas y armonías de colores y de perfumes; estremecimientos y ansiedades del deseo; flores negras de tedio.

—Todo; vivo y nervioso, cálido y fuerte, en los torbellinos quiméricos del sueño, —pase cantando ante el perfil pavoroso— y el tropel cabalístico de la muerte.

Y todo pasa, enigmático, místico y lascivo. Resuena, á veces, en su lira, la sonora cuerda romántica, para saludar el paso de los arcángeles, que abren sus alas de oro entre las ondas nebulosas de la visión. Pasa después Lesbia, nerviosa y fascinante, planta mortal, humana serpiente, —en sus senos amargos, hay opios extraños— y con ella pasan el amor trágico y la muerte.

Tal vez sabe Souza, como Leopardi, que cuando se sufre el verdadero amor

*un desiderio di morir si sente*

pero no siente tan sólo el deseo de morir; quisiera también atormentar la carne, carne blanca de la amada venenosa. Tal Swynburne. Teme los abrazos castos y virginales, que producen sensaciones de acres torturas y trazan círculos de fuego; teme los brazos abiertos para el amor y para la muerte, y ve á la cortesana proclamando al son de trompetas triunfales, el amor estéril.

También tiene sueños blancos, de blancura de sudarios. Y las blancuras despiertan las quimeras intensas de su deseo y las voluptuosidades ideales de todos los castos.

En la *Canción de la hermosura*, ha encerrado, como un viejo alquimista, un rayo de sol. En el *Dolor*, hay largas caravanas de desesperados, que retuercen sus brazos, mientras resuena el espacio con los ayes y los sollozos.

Sus versos fulguran ó desfallecen. La ansiedad los agita ó la tristeza los envuel-

ve y los vela. Quiere galvanizarlos con el Deseo.

—Sean carnales todos los sueños brumosos—de extrañas, vagas sendas consteladas—donde duermen heladas las Visiones de amor.

Y sueños, palpitaciones, ansias y deseos—formen con claridades y fragancias, —la encarnación de las lívidas amadas.

Como el amor, le obsede la Muerte, y el perfil de la Muerte es, en sus poemas, indeciso y vago. A su paso, deja una luz pálida. Su figura se destaca, blanca y siniestra, á la claridad de los cirios.

Ve al Mal inspirando los sueños. El Mal es el Satán de los hagiógrafos, Caprípede, con los cuernos fabulosos en la real frente; y su frente está adornada, como la de Dionisos, con pámpanos. Es un dios triunfador de los justos. Pero el poeta no le cantará las letanías de Baudelaire; reserva sus preces para la Santa Virgen, y para la mujer, para las claras y rosadas carnes femeninas.

La belleza, si impasible y serena, le causa la impresión de lo extrahumano. La tierra no da á los cuerpos esa luz de luna, esa melancólica paz, que triunfa dolorosamente. Hay, en cambio, la belleza de la pecadora bañada en el agua lustral del arrepentimiento.

—Ojos, brazos y labios, manos y seno, —presa de extraños, místicos estremecimientos,—están divinizados por la amargura;—pero el cuerpo ideal y penitente, —parece guardar todo el calor—de la antigua fiebre de los amables pecados.

Tiene sinfonías wagnerianas para celebrar los espectáculos de la tierra. Sus crepúsculos son armoniosos, como son armoniosas y profundas sus noches de luna; pero su perfume es siempre incienso y mirra. Es místico, aun cuando se aleje del templo cristiano para arrodillarse en otro templo suyo, donde lee el misal de los misales. La Divinidad florece en sus versos como el trigo al sol. Tal vez, como Hugo,